



## LA CANCIÓN DE LA CRUZ

Poesía declamada el 12 de diciembre de 1937 en el Homenaje del Seminario Interdiocesano a los Excmos. Sres. Dr. Gregorio Adam y Dr. Rafael Arias.

Yo no soy de la tierra, yo nací en el calvario  
una tarde de fiesta de la pascua judía;  
fui ludibrio del mundo, fui castillo y santuario  
de una raza bendita donde yo florecía.  
Han querido arrojarme cual despojo maldito;  
pero vanos intentos. Me proscriben las leyes,  
y yo sigo adelante con mi afán de infinito  
sobre ruinas de imperios, sobre ruinas de reyes.

Floreceí con mis hijos a través de los años  
como una enredadera;  
infundí vida al muerto y valor al cobarde;  
engendré de mis venas incontables rebaños,  
que recojo en mis brazos cuando cae la tarde  
con su cesto de estrellas sobre el mar sin ribera.

Floreceí desde entonces  
la manada blanquísima sin temor al cerbero  
sigue y sigue mis pasos por el mundo sendero,  
mientras arde en el viento la canción de los bronce.

Pero ayer la campana se rompió de alegría  
y arrojó sus plegarias a cantar en el viento,  
porque ya no podía  
contener en su lengua su raudal de armonía,  
porque estaba borracha de placer y contento.

La torre sonreía  
como un viejo patriarca  
de la stirpe judía:  
es el recio monarca  
que recoge en sus brazos toda aquella comarca.

Es el ángel de guarda del gentil vecindario,  
que una noche de pascua, sobre el pueblo dormido,  
se volvió campanario.

Pero ayer en la tarde se rompió de alegría,  
se rompió como un vaso, se rompió como un nido,  
y voló la campana, cual si fuera un canario,  
con sus mil madrigales porque yo florecía.

Floreceía en el pecho de mis nuevos pastores,  
florecía en el alma de la grey de Valencia,  
que lloraba mi ausencia  
con su Virgen herida por los siete dolores.

Floreceía en Oriente como el sol de sus mares,  
rúbia, hermosa, serena,  
sobre un iris de perlas que bordó Margarita  
día y noche en la arena  
de su playa bendita.

De la grey bien amada me arrojaron un día  
porque yo maldecía  
con la voz que era azote de aquel hombre de hierro  
que una tarde sin flores fué conmigo al destierro.

Hoy regreso sin miedo  
sobre el blanco cortejo de mis nuevos cruzados..  
por mi nombre bendito lucharán con denuedo  
como Cristo, en mis brazos, por amor enclavados.

El clarín de mis huestes se rompió de entusiasmo,  
cual si ya presintiera  
a las hordas sin patria sucumbir sin aliento,  
hechos trizas sus muños, arrojados al viento,  
los jirones malditos de su infame bandera.

Alégrate, Valencia,  
suenen tus cascabeles;  
ponte el vestido blanco y el collar con que sueles  
ceñirte los domingos.

Ya cesó tu calvario, tu calvario de ausencia  
A la puerta del templo,  
viejo rey o profeta, que en el aire medita,  
tornan los campesinos a vender sus claveles.

Albricias, Margarita,  
isla en flor más hermosa que tú cerco de espumas,  
echa al viento el salterio de tus salmos marinos  
mientras yo voy rompiendo con mi canto las brumas  
como estrella muy blanca de los negros caminos.

Gritad todos conmigo:  
¡Hosanna a los que vienen con el alma florida!  
¡Hósanna a los pastores de la grey bien querida!  
¡Apartaos, montañas!  
¡Floreceos, cabañas!  
¡Abrid paso al cortejo,  
caravana de reyes a la luz de la luna,  
que los rebaños vean  
a los nuevos pastores  
y que griten a una:  
¡Hosanna! ya los vemos venir, benditos sean!!

MAXIMINO CASTILLO.